

Concordia Seminary - Saint Louis

Scholarly Resources from Concordia Seminary

Artículos educación teológica

Recursos en español

8-1-1998

Liturgia comunicación del Evangelio

Gerardo Kempff

Follow this and additional works at: https://scholar.csl.edu/articulos_educacion_teologica



Part of the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

Recommended Citation

Kempff, Gerardo, "Liturgia comunicación del Evangelio" (1998). *Artículos educación teológica*. 9.
https://scholar.csl.edu/articulos_educacion_teologica/9

This Article is brought to you for free and open access by the Recursos en español at Scholarly Resources from Concordia Seminary. It has been accepted for inclusion in Artículos educación teológica by an authorized administrator of Scholarly Resources from Concordia Seminary. For more information, please contact seitzw@csl.edu.

LA LITURGIA COMO COMUNICACIÓN DEL EVANGELIO

Primera Parte San Juan 4:1-26

Cuando Jesús habló con sus discípulos en la noche antes de su muerte en la cruz, les dijo (Juan 16:13-15), “Y cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; pues no hablará por sí solo, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber las cosas que han de venir. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por esta razón dije que recibirá de lo mío y os lo hará saber.”

Con estas palabras Jesucristo daba a entender que el don del Espíritu Santo, que Él pronto enviaría (Juan 16:7-8), “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros. Y si yo voy, os lo enviaré. Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.” [Véase Juan 14:16, “Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre.”] Habría de ser la señal de la iniciación del Nuevo Pacto, de que habló el profeta Jeremías (Jeremías 31:31-34), “He aquí vienen días, dice Jehová, en que haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No será como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, mi pacto que ellos invalidaron, a pesar de ser yo su señor, dice Jehová. Porque éste será el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Ya nadie enseñará a su prójimo, ni nadie a su hermano, diciendo: 'Conoce a Jehová.' Pues todos ellos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová. Porque yo perdonaré su iniquidad y no me acordaré más de su pecado.”

De ese pacto habló Jesús cuando en esa misma noche dijo (Lucas 22:19-20; Mateo 26:28), “Esto es mi cuerpo que por vosotros es dado. ... Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama para el perdón de pecados para muchos.” Se estaba cumpliendo la profecía de Isaías (43:19), “He aquí que yo hago una cosa nueva; pronto surgirá. ¿No la conoceréis? [Véase Apocalipsis 21:5, “Él que estaba sentado en el trono dijo: He aquí yo hago nuevas todas las cosas.”]

Como en Cristo todas las cosas han sido hechas nuevas, no es de extrañarse de que usemos nuevas formas de adoración, muy distintas de las formas que usaba el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento, formas prescritas por Jehová mismo. Aunque Jesucristo no mandó ciertas formas para la adoración en la época del Nuevo Testamento, no obstante, nos enseñó que es lo esencial de ella.

El relato del encuentro de Jesucristo con la mujer samaritana en el capítulo cuatro del Evangelio según Juan, además de ser un modelo del evangelismo particular, nos revela aspectos fundamentales de la verdadera adoración de Dios en la época del Nuevo Pacto en la cual nosotros ahora vivimos, y en la cual el Espíritu Santo de Dios es Él que dirige el curso de la

santa Iglesia cristiana, o sea el Cuerpo de Cristo. [Véase Juan 14:15-17, “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre. Este es el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Vosotros lo conocéis, porque permanece con vosotros y está en vosotros”; Juan 14:26, “Pero el Consolador, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas y os hará recordar todo lo que yo os he dicho”; Juan 15:26-27, “Pero cuando venga el Consolador, el Espíritu de verdad que yo os enviaré de parte del Padre, el cual procede del Padre, él dará testimonio de mí. Además, vosotros también testificaréis, porque habéis estado conmigo desde el principio”; Juan 16:7-15, “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros. Y si yo voy, os lo enviaré. Cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. En cuanto a pecado, porque no creen en mí; en cuanto a justicia, porque me voy al Padre, y no me veréis más; y en cuanto a juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado. Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero ahora no las podéis sobrellevar. Y cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad; pues no hablará por sí solo, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber las cosas que han de venir. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por esta razón dije que recibirá de lo mío y os lo hará saber.”]

La mujer samaritana introdujo el tema del lugar de la adoración de Dios (vv. 19-20). Jesús dijo que discutir esa cuestión ya no tenía importancia, intimando que había de inaugurarse pronto un nuevo orden de cosas (v. 21). Fue al grano del asunto, al hablar del Objeto de la adoración. El dios que ellos adoraban no era el Dios de la salvación, por la sencilla razón de que ellos no aceptaban toda la revelación divina que Dios había dado al mundo en las Sagradas Escrituras. Por eso, no sabían que la salvación había de venir de los judíos, como el Pueblo Escogido, elegido con ese mismo propósito de proporcionar la revelación del plan de salvación para todo el mundo que Dios había iniciado y estaba llevando a cabo. Porque el Salvador mismo, Jesucristo, según ese plan de Dios había nacido de los judíos, no de una nación con una mezcla de religiones, media pagana, como era la de los samaritanos (v. 22).

Entonces, ampliando su explicación, Jesucristo reveló el aspecto fundamental de la verdadera adoración de Dios. No solamente afirmó que está ya por demás discutir en qué lugar se debe adorar a Dios, sino que también la manera de adorarlo iba a ser diferente. Porque ya estaba por establecerse «el reino de Dios» en la tierra de acuerdo con el nuevo pacto. En realidad, ese reino ya era una actualidad en la misma persona de Jesucristo.

Por la fe en Él, una persona llega a ser un adorador verdadero o genuino, “por lo tanto adorará a Dios.” Esta frase, según la gramática griega, no expresa dos ideas distintas, sino que forma un solo concepto. Con esta frase nuestro Señor no quiso simplemente decir que nuestra adoración debe revestir carácter espiritual y honesto, en el sentido de que no se debe hacer uso de ninguna liturgia, como la interpretan algunos. Sin embargo, me parece que expresa más bien algo como la otra frase que Juan usará más adelante, es decir, “el Espíritu de verdad” (Juan 16:13; véase también 14:17; 15:26). Según esta interpretación, entonces, Jesús dice que la verdadera adoración de Dios como Padre de Jesucristo y Padre nuestro, es creación del Espíritu de Dios y una proclamación del Evangelio de Jesucristo, quien es la Verdad (Juan 14:6, 15:26, 16:14-15). [Véase 17:17, “Santificalos en la verdad; Tu palabra es verdad.”] En otras palabras, podemos decir que la verdadera adoración de Dios ocurre por el movimiento del Espíritu de Cristo en

nuestros corazones y enfoca a Cristo en su obra redentora.

Este es el principio más fundamental que ha de tomarse en cuenta al confeccionar o modificar una liturgia. Ya que Jesucristo no nos ha señalado formas precisas por medio de las cuales debemos adorar a Dios, este principio ha de tenerse siempre en cuenta, y las formas de adoración, o sean liturgias, que usamos no deben reñir con él, ni pasarlo por alto. Las formas de adoración pueden ser cambiadas, pero siempre ha de ser el mismo Cristo al que adoramos. [Véase Hebreos 13:8, “¡Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos!”]

Porque, aparte de Cristo adoramos a un dios hecho falso, o sea adoramos un ídolo, porque aparte de Cristo no podemos conocer al verdadero Dios tal cual es, ni adoraremos al Padre celestial, sino un dios de nuestra propia imaginación. Por lo tanto, cualquiera liturgia que no gira alrededor de Cristo y su ofrenda redentora es una mera creación humana, y no la creación del Espíritu Santo.

Cambios se pueden hacer. Pero no todo cambio produce algo bueno, ni tampoco algo mejor. De acuerdo con Juan 16:13-14, la mejor liturgia se confeccionará con palabras de Dios que nuestro Salvador nos ha enseñado. [Véase Juan 8:26-28, “Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros. Pero Él que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de parte de Él, esto hablo al mundo. Pero no entendieron que les hablaba del Padre. Entonces Jesús les dijo: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces entenderéis que yo soy, y que nada hago de mí mismo; sino que estas cosas hablo, así como el Padre me enseñó.” Juan 12:50, “Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así que, lo que yo hablo, lo hablo tal y como el Padre me ha hablado.” Juan 14:10, “¿No crees que yo soy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; sino que el Padre que mora en mí hace sus obras.”]

Este principio se sostiene por las siguientes razones:

1. Primeramente el idioma humano es defectuoso, y no puede expresar las realidades divinas adecuadamente. Por lo tanto, si usamos nuestras palabras para expresar lo que Dios enseña, está muy de cerca el peligro de falsificar la enseñanza divina. Una indicación que esto fácilmente sucede la hallamos en el canon de la misa católico romana, una adición a la antigua liturgia que repite enseñanza contraria al Evangelio de nuestro Dios. Por eso, Martín Lutero, al reformar la misa, tuvo que eliminarla totalmente.
2. La palabra de Dios abarca todas las necesidades humanas, y muchas veces en palabras o expresiones brevísimas. Pensemos, por ejemplo, del Padrenuestro y toda la aplicación que Martín Lutero extrae de las pocas palabras de cada petición.
3. Con el uso de textos bíblicos en la liturgia, oramos a Dios usando sus mismas palabras, que no pueden equivocarse. De esta manera podemos orar con toda fe y confianza que no estaremos pidiendo mal ni en vano. [Véase Santiago 4:1-3, “¿De dónde vienen las guerras y de dónde los pleitos entre vosotros? ¿No surgen de vuestras mismas pasiones que combaten en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, pero no podéis obtener. Combatís y hacéis guerra. No tenéis, porque no pedís. Pedís, y no recibís; porque pedís mal, para gastarlo en vuestros placeres.”]

4. Además, con las mismas palabras de Dios Le podemos mover a actuar en fidelidad a sus propias promesas. [Véase, por ejemplo, Éxodo 32:7-14, “Entonces Jehová dijo a Moisés: Anda, descende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido. Se han apartado rápidamente del camino que yo les mandé. Se han hecho un becerro de fundición, lo han adorado, le han ofrecido sacrificios y han dicho: ¡Israel, éste es tu Dios que te sacó de la tierra de Egipto! Le dije, además, a Moisés: Yo he visto a este pueblo, y he aquí que es un pueblo de dura cerviz. Ahora pues, deja que se encienda mi furor contra ellos y los consuma, pero yo haré de ti una gran nación. Entonces Moisés imploró el favor de Jehová su Dios, diciendo: Oh Jehová, ¿por qué se ha de encender tu furor contra tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto con gran fuerza y con mano poderosa? ¿Por qué han de hablar los egipcios diciendo: “Los sacó por maldad, para matarlos sobre los montes y para exterminarlos sobre la faz de la tierra”? Desiste del ardor de tu ira y cambia de parecer en cuanto a hacer mal a tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a quienes juraste por ti mismo y les dijiste: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de la cual he hablado. Y ellos la tomarán como posesión para siempre. Entonces Jehová cambió de parecer en cuanto al mal que dijo que haría a su pueblo.”]
5. Si Jesucristo pudo decir (Juan 6:63) τὸ πνεῦμά ἐστιν τὸ ζῶον, ἡ σὰρξ οὐκ ὠφελεῖ οὐδέν· τὰ ῥήματα ἃ ἐγὼ λελάληκα ὑμῖν πνεῦμά ἐστιν καὶ ζωὴ ἐστιν. El Espíritu es Él que da vida; la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Por lo tanto, sabemos que el Espíritu está obrando cuando y donde se proclaman las palabras de Cristo. ¿Por qué hemos de buscar otras palabras en sustitución de las de Cristo?

En esta historia también podemos percibir tres acciones sucesivas que forman parte de la adoración cristiana, que son:

1. Dios se hace presente con su gracia para actuar en beneficio nuestro. Imparte su gracia en términos que podemos entender. Eso hizo Jesucristo (véase vv. 15, 29, 39). Esta acción subraya lo dicho anteriormente, que lo más fundamental y necesario para la adoración de Dios, tanto particular como comunitaria, es que se oiga la Palabra de Dios en el Evangelio. Porque es por este medio que Dios revela su gracia a nosotros de la manera más clara. Si no oímos su Evangelio en el culto, seremos desprovistos de la gracia de Dios en esa ocasión. Adorar a Dios sin oír de su gracia en Cristo no constituye adoración cristiana.

Además, es menester que entendamos lo comunicado, porque la Palabra de Dios hace impacto en el ser entero del hombre, inclusive en su mente y su inteligencia. Por lo tanto, Jesús no le habló a la mujer samaritana en un idioma que ella desconocía, sino que la daba explicaciones cuando no comprendía correctamente lo que Él quiso comunicarle (véase vv. 13-15 y 21-26). Jesús todavía nos habla mediante el Evangelio proclamado.

Podemos observar también que, tanto en el evangelismo particular como en el culto, el Evangelio se comunica por excelencia mediante la viva voz de un cristiano que habla. Jesús no hizo ningún milagro para que la mujer samaritana fuera impulsada a creer en Él, sino solamente habló. Cuando ella cayó en la cuenta, por sus palabras acerca de la adoración de Dios (véase vv. 21-24), que Él era el Mesías que tanto los samaritanos como los judíos

anhelaban ver, Jesús dijo (v. 26): Ἐγὼ εἶμι, ὁ λαλῶν σοι. Eso es: «YO SOY, Él que habla contigo.»

Esta declaración le comunicaba a ella lo que Juan testificó de Él (Juan 1:1 y 14), “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. ... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y contemplamos su gloria, como la gloria del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.” «El Verbo» que era Dios, es también el Evangelio mismo; y hoy día «se hace carne» y «habita entre nosotros» «lleno de gracia y de verdad» cuando se pronuncia las palabras de gracia del Evangelio, y las creemos.

2. Nosotros respondemos a la manifestación de la gracia de Dios. Habiendo oído como Dios había cumplido sus promesas al enviar a su Hijo como el Mesías que da el agua viva que calma toda sed, la mujer samaritana expresó el vivo deseo de su corazón al contestarle a Jesús (v.15), “Señor, dame esta agua, para que no tenga sed, ni venga más acá a sacarla.” Luego, Jesús fortaleció esa naciente y débil fe de la mujer revelándose como el Mesías prometido, afirmando ser el mismo Jehová Dios, que obra por medio de hablar (véase Ἐγὼ εἶμι, ὁ λαλῶν σοι v.26; véase vv. 15, 19, 25, 29).

La única respuesta válida a la gracia de Dios es la fe. Ella también es producto de la obra del Espíritu Santo. [Gálatas 5:22-23, “Pero el fruto del Espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio. Contra tales cosas no hay ley.] Esa produce una nueva creación. [2ª Corintios 5:17, “De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”]

Descansar la confianza en el Evangelio que se oye en la liturgia es el primer y más fundamental acto de adoración del Dios que nos salva del pecado y sus consecuencias. Y esta fe trae en pos de sí la obediencia a Dios con amor y alegría, es decir (Romanos 1:5 y 16:26), εἰς ὑπακοήν πίστεωζ «para la obediencia de la fe», como dice el apóstol Juan (14:15), “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.” Y el apóstol San Pablo (Romanos 5:6), “Pues en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada, sino la fe que actúa por medio del amor.” Solamente de esta manera viviremos bajo el Evangelio en lugar de servir a la Ley. O, dicho de otro modo, seguiremos la teología de la cruz en lugar de la teología de la gloria.

3. Se establece un nexo entre los adoradores. Luego la mujer samaritana - olvidado ya tanto su propósito en haber venido al pozo como su cántaro de agua - se fue corriendo a contar a sus conciudadanos la maravilla que Dios había revelado a ella (vv. 28-30). Como resultado, muchos samaritanos salieron a unirse con Cristo (v. 40), y llegaron a la fe en su Salvador (vv. 41-42). Aunque el evangelista no lo dice expresamente, desprendemos del uso del pronombre plural «nosotros» que el Espíritu Santo ya había unido sus corazones de tal modo que formaron una fraternidad de fe, como sucedió más tarde en el día de Pentecostés (véase Romanos 12:5). Y así quedó establecida una congregación mesiánica en Sicar. Probablemente fue la primera congregación cristiana en Samaria. Otra se fundó más tarde, como leemos en la historia de la Iglesia (Hechos 8:4-8), “Entonces, los que fueron esparcidos anduvieron anunciando la palabra. Y Felipe descendió a la ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo. Cuando la gente oía y veía las señales que hacía, escuchaba

atentamente y de común acuerdo lo que Felipe decía. Porque de muchas personas salían espíritus inmundos, dando grandes gritos, y muchos paralíticos y cojos eran sanados; de modo que había gran regocijo en aquella ciudad.”

Cuando el Evangelio se arraiga en nuestros corazones, no queda solo, sepultado en lo íntimo de nuestro ser interior como un tesoro personal que se ha de guardar celosamente, sino que de inmediato empiezan los labios a rebosar de esas buenas nuevas. Por este testimonio acerca de Cristo llegan otros a la fe y vienen a Él en la misma forma en que venimos nosotros. Así juntos celebramos la gracia de Dios en Cristo, como, sin duda, lo hicieron los samaritanos de Sicar. De esta manera empezó la adoración comunitaria cristiana y continúa hasta el día de hoy.

Segunda Parte

Hechos 1:12 a 2:47

La descripción que Jesucristo dio de la adoración neotestamentaria se expresó en términos generales, que se aplican tanto a la adoración particular como a la comunitaria. Para la adoración particular nadie puede asentar reglas, ya que el Espíritu de Dios mueve a cada individuo en la forma que Él quiere. Basta que cada uno adore a Dios «en Espíritu y Verdad» (véase Juan 4:21-24 arriba). Pero nuestra tarea es discutir la liturgia que se usa en la adoración comunitaria.

El término castellano «liturgia» proviene del sustantivo griego λειτουργία, el cual se formó del adjetivo ληϊτοφ, que significaba «concerniente al pueblo o a la comunidad nacional», y de la raíz del sustantivo εργον, que significa «obra». El significado original de λειτουργία, o sea «liturgia», era puramente secular: «servicio público voluntario hecho en favor del pueblo». Tuvo un desarrollo amplio entre el pueblo griego a través de los años. En la Versión de los Setenta, es decir, el Antiguo Testamento traducido del hebreo al griego, se escogió esta palabra para representar «el ministerio de los sacerdotes y los levitas en el santuario», y en especial el ministerio de los sacerdotes ante el altar. En el judaísmo llegó a significar «el ministerio de la Palabra y la oración» en la sinagoga. Entre los rabinos ministrar, o «servir a Dios», significaba estudiar la Torá y orar.

Sin entrar en más detalles, podemos decir que este grupo verbal se usa en el Nuevo Testamento con distintas significaciones, pero nunca para los servicios de los líderes de la nueva comunidad, porque las tareas de los apóstoles, profetas, evangelistas y pastores y maestros no eran iguales a las de los sacerdotes del Antiguo Testamento. [Véase Efesios 4:11, “Y él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, y a otros pastores y maestros.”] Además, el culto del Antiguo Testamento había llegado a su fin con el autosacrificio de Cristo. Los mensajeros de Cristo y los líderes de las congregaciones no tienen que cumplir algún ministerio de sacrificio (λειτουργία) en favor de la comunidad. Su tarea es proclamar «la palabra de la cruz», porque en ella Cristo cumplió el verdadero ministerio de sacrificio (λειτουργία) de una vez por todas. [Véase 1 Corintios 1:18, “Porque para los que se pierden, el mensaje de la cruz es locura; pero para nosotros que somos salvos, es poder de Dios.”] [Compare Juan 3:34, “Porque el que Dios envió habla las palabras de Dios, pues Dios no da el Espíritu por medida.” - con Juan 20:21 - “Entonces Jesús les dijo otra vez: ¡Paz a vosotros! Como me ha enviado el Padre, así

también yo os envío a vosotros.”] Este mensaje cristiano es algo totalmente nuevo y revolucionario.

Tan pronto que Jesucristo había ascendido al cielo los discípulos, permaneciendo en Jerusalén de acuerdo con el mandato de Cristo, se reunieron para esperar el don del Espíritu Santo que Cristo había prometido derramar sobre sus discípulos. Leemos (Hechos 1:13-14), “Y cuando entraron, subieron al aposento alto donde se alojaban Pedro, Juan, Jacobo y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo hijo de Alfeo y Simón el Zelote y Judas hijo de Jacobo. Todos éstos perseveraban unánimes en oración junto con las mujeres y con María la madre de Jesús y con los hermanos de él.”

Este pasaje nos advierte que de inmediato los discípulos empezaban a congregarse para adorar a Dios. La frase que San Lucas ocupa (en 1:14) es τη/| προσευχη/| (un dativo que significa: «en la oración»). Esta palabra es un término general para “oración” que puede abarcar toda clase de petición, adoración, acción de gracias, intercesión, etc. No obstante, este congregarse al parecer no era una reunión pública, ni tenía lo que llamaríamos «liturgia», es decir alguna estructura de formas bien arregladas para dar enfoque a la adoración que ofrecemos a Dios. Forma, sí, tenía; la forma de oración. Pero aparentemente no hubo otros elementos de liturgia.

En Hechos 13:2 encontramos el uso del verbo que corresponde al sustantivo «liturgia»: λειτουργου,ντων, «ministrando», que tiene cierta relación con lo dicho en Hechos 1:14. [Véase Hechos 13:2, “Mientras ellos ministraban al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado.”] El grupo así reunido es denominado «una comunión de oración» por el *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento* (IV, 226).

Hebreos (8:1-2), llama a Jesucristo el «sumo sacerdote...ministro (λειτουργο,φ) del santuario y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor...». En este pasaje hay un tinte de lo sacerdotal en la palabra «ministro». Lo mismo sucede en Romanos 15:16, λειτουργο.ν Χριστου/ ζησου/, «ministro de Jesucristo» (véase la frase siguiente, ι ερουργου/ντα το. ευπαγγε,λιον του/ θεου/ «sirviendo el Evangelio de Dios como sacerdote»). Pero en los demás pasajes que contienen la palabra λειτουργο,φ, se usa con el significado más común de «siervo» o «servidor», significado que por la mayor parte lo tenía en el Antiguo Testamento. En estos casos significa lo mismo como δια,κονοφ, «servidor» (véase Marcos 10:45). [Véase Romanos 13:4 y 6, “...porque es un servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no lleva en vano la espada; pues es un servidor de Dios, un vengador para castigo del que hace lo malo. ... Porque por esto pagáis también los impuestos, pues los gobernantes son ministros de Dios que atienden a esto mismo.”] Si haya un tinte de lo religioso en estos pasajes, es porque el servicio de que se habla es un servicio hecho a Dios, no a los hombres. [Véase Hebreos 1:7 y 14, “Y de los ángeles dice: Él hace a Sus ángeles vientos, y a Sus servidores llama de fuego; ... ¿Acaso no son todos espíritus servidores, enviados para ministrar a favor de los que han de heredar la salvación?”]

[Los párrafos anteriores reflejan en gran parte el comentario de R. Meyer y H. Strathmann en *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento* (IV, 215-231) sobre el grupo verbal a que pertenece λειτουργι,α.]

En el Nuevo Testamento hay varios indicios de cómo la nueva comunidad cristiana, fundada por el Espíritu de Dios, lo adoró. Leemos, por ejemplo, en Hechos 2:41-42, “Así que los que recibieron su palabra fueron bautizados, y fueron añadidas en aquel día como tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones.”

«La doctrina de los apóstoles» sin duda se refiere al Evangelio de Jesucristo, que los apóstoles fueron enviados a proclamar en todo el mundo. «La comunión» se refiere al hecho de que los nuevos cristianos se congregaban para su mutua consolación y fortalecimiento y para estrechar lazos de amistad y amor entre sí. De esta palabra desprendemos el concepto de que hubo adoración comunitaria desde el mero principio de la existencia de la Santa Iglesia Cristiana. «El partimiento de pan» se refiere a la celebración de la Santa Comunión, según la interpretación más común (véase 1 Corintios 11:17-23).

Estos tres elementos, juntamente con «las oraciones», parecen haber formado las partes indispensables de la adoración en la Iglesia primitiva.

Sin duda se cantaron salmos también, porque luego encontramos que se empezó a escribir y cantar himnos cristianos, como consta San Pablo en Colosenses 3:16-17, “La palabra de Cristo habite abundantemente en vosotros, enseñándoos y amonestándoos los unos a los otros en toda sabiduría con salmos, himnos y canciones espirituales, cantando con gracia a Dios en vuestros corazones. Y todo lo que hagáis, sea de palabra o, de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él.”

Por lo visto en este texto, los himnos nuevos expresaron las Buenas Nuevas del Evangelio de Cristo, y por eso eran útiles para enseñar, amonestar o consolar a los que asistieron al culto. Hallamos unos fragmentos de estos himnos en el Nuevo Testamento, como por ejemplo en Filipenses 2:6-11, “Existiendo en forma de Dios, / él no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; / sino que se despojó a sí mismo, / tomando forma de siervo, / haciéndose semejante a los hombres; / y hallándose en condición de hombre, / se humilló a sí mismo / haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz! / Por lo cual también Dios lo exaltó hasta lo sumo / y le otorgó el nombre que es sobre todo nombre; / para que en el nombre de Jesús / se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; / y toda lengua confiese / para gloria de Dios Padre / que Jesucristo es Señor.”

Y también en 2 Timoteo 1:9-10, “Fue él quien nos salvó / y nos llamó con santo llamamiento, / no conforme a nuestras obras, / sino conforme a su propio propósito y gracia, / la cual nos fue dada en Cristo Jesús / antes del comienzo del tiempo; / y ahora ha sido manifestada / por la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús. / Él anuló la muerte / y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio.”

De modo que el modelo apostólico para la adoración consta de la reunión, la Palabra de Dios, la Santa Comunión, la acción de gracias, las oraciones y el canto de alabanza.

Tercera Parte

1 Corintios 10:14-24, 10:31 a 11:1, 11:17-32, 14:26-39

[1] Ya que Dios es un Dios del orden y no de la confusión, la adoración comunitaria pide una estructura y unas formas para actuar de acuerdo común. Ésas son las que llamamos «liturgia». El diccionario Pequeño Larousse nos da la definición más común de esta palabra: «Orden y forma determinados por la Iglesia para la celebración de los oficios.» Pero cuando se confecciona la liturgia de acuerdo con este criterio, se estará construyendo una liturgia netamente humana. Porque, al fin y al cabo, no es solamente «la Iglesia» ni la congregación que fija el orden y la forma para adorar a Dios, sino que el Espíritu Santo inspira y guía a nosotros también.

Parece que en la congregación de Corinto no se había prestado la debida atención a esta verdad. Sucedió, pues, que cuando se reunieron «como iglesia» había ciertas anomalías, según lo que leemos en 1ª Corintios, capítulos 10 a 14. Por ejemplo:

- había en su culto elementos de idolatría pagana;
- se practicaba cierto libertinaje que no promovió el crecimiento espiritual de los hermanos, ni daba gloria a Dios;
- unas mujeres promovieron una especie de feminismo no muy consonante con el Evangelio;
- se manifestaba el egoísmo en las cenas comunes, celebradas al mismo tiempo que se celebraba la Santa Comunión, rompiendo así el sentido de unidad entre sí;
- había varios abusos en su celebración de la Santa Cena;
- los dones recibidos del Espíritu Santo no siempre se usaban en beneficio de otros, sino como motivo para vanagloriarse y exaltarse unos sobre otros;
- y había desorden en las reuniones públicas de adoración.

Por todo esto, San Pablo tuvo que reconvenirlos y demandar de ellos que todo se hiciese «decentemente y con orden» (véase 1 Corintios 14:40, “πάντα δὲ εὐσχη- μόνως καὶ κατὰ τάξιν γινέσθω. porque de otro modo no sería para el provecho de todos.

[2] Además, para la adoración comunitaria se quiere una forma de adoración que responde a todas las condiciones de los individuos que se congregan para adorar a Dios. No todos son «fuertes»; [véase Romanos 15:1, “Así que, los que somos más fuertes debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos,”], no todos han sido bien instruidos; no todos saben leer; no todos están alegres; no todos están contentos, etc. Esto significa que la liturgia debe servir para suprimir lo netamente personal y privado (o a lo menos sujetarlo a las necesidades comunes), y abrazar, por medio de la gracia de Dios y las buenas y alegres noticias de un Salvador del pecado, a todos los que adoren.

Otra vez parece que la congregación de Corinto sirve como ejemplo de una iglesia que no prestó la debida atención a esto. Había quienes hicieron alarde de sus dones espirituales---y en especial de poder hablar «en lenguas». Pero actuar así en el culto público no aprovecha «al que ocupa lugar de simple oyente», ya que no sabe lo que se ha dicho. [Véase 1 Corintios 14:16-17, “Pues de otro modo, si das gracias con el espíritu, ¿cómo dirá “amén” a tu acción de gracias el que ocupa el lugar de indocto, ya que no sabe lo que estás diciendo? Porque tú, a la verdad, expresas bien la acción de gracias, pero el otro no es edificado.”]

Por eso desde el tiempo de Lutero hasta ahora se ha insistido en que la liturgia sea en el idioma que habla la gente que al culto asisten. Porque lo que se quiere es que todos oigan, entienden, y sean instruidos por el Evangelio que se proclama en la liturgia. De otra manera, ¿cómo podemos compartir este Evangelio con aquel que no lo sabe? [Véase 1 Corintios 14:14-19, “Porque si yo oro en una lengua, mi espíritu ora; pero mi entendimiento queda sin fruto. ¿Qué pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento. Cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento. Pues de otro modo, si das gracias con el espíritu, ¿cómo dirá “amén” a tu acción de gracias el que ocupa el lugar de indocto, ya que no sabe lo que estás diciendo? Porque tú, a la verdad, expresas bien la acción de gracias, pero el otro no es edificado. Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros. Sin embargo, en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi sentido, para que enseñe también a los demás, que diez mil palabras en una lengua.”]

La primera epístola de San Pablo a los Corintios, en conjunto, nos deja con la impresión de que en el culto público había competición entre los partidarios de varios grupos (véase 11:18). [Véase 1 Corintios 1:10-13, “Os exhorto, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que os pongáis de acuerdo y que no haya más disensiones entre vosotros, sino que estéis completamente unidos en la misma mente y en el mismo parecer. Porque se me ha informado de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que entre vosotros hay contiendas. Me refiero a que uno de vosotros está diciendo: “Yo soy de Pablo”, otro “yo de Apolos”, otro “yo de Pedro” y otro “yo de Cristo”. ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?”]

También había rivalidad entre individuos (véase 14:26 y 30-31), cada uno tratando de imponerse según se sintió ser movido por el Espíritu. Fue como si cada uno había venido para adorar a Dios según su propio modo particular. No fue una congregación que hablaba «una misma cosa», como consta San Pablo en 1 Corintios 1:10, “Os exhorto, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que os pongáis de acuerdo y que no haya más disensiones entre vosotros, sino que estéis completamente unidos en la misma mente y en el mismo parecer.” Más bien era una agrupación de individuos que adoraban a Dios según el antojo de cada cual. ¿Cómo podría ser de otro modo, si no haya liturgia?

De modo que es necesario que la liturgia sea de índole general, para que dé lugar a todos los asistentes a participar en ella. Porque cada uno llega al culto con distintas necesidades, preocupaciones, y medida de fe. El estado de ánimo de cada uno será distinto al de otros. La liturgia debe dar cabida a todas estas diferencias, para que cada adorador halle algo en el culto que le dé consuelo y esperanza en la condición en que se encuentre. Por ejemplo, en la Oración General de la Iglesia se anuncia: «Oremos por todo el pueblo de Dios en Cristo Jesús y por toda la humanidad de acuerdo con sus necesidades.» (*¡Cantad al Señor!*, página 38).

[3] Estas consideraciones nos conducen a la conclusión de que la liturgia, que ha de servir a todos los miembros de la iglesia, no debe ser la creación de una sola persona, o un número reducido de personas. O por lo menos, una creación individual o de un grupo o comité, debe recibir la aprobación de toda la iglesia antes de ser recibida como autoritativa. San Pablo, en 1 Corintios 14:36, reprendió a los corintios por una actitud orgullosa semejante, “¿Salió de vosotros la palabra de Dios? ¿O llegó a vosotros solos?”

¿Cuáles son las razones que nos conducen a tal afirmación?

- a.) Una sola persona necesariamente construirá una liturgia a base de su propio entendimiento del Evangelio, su estado de ánimo del momento, sus prejuicios, y sus ideas religiosas predilectas. Cada cristiano necesita la corrección de los demás. Es fácil que al construir una liturgia se me pase por alto algún aspecto del Evangelio necesario, o que haga hincapié en algo de menor importancia.
- b.) Si la liturgia está destinada al uso de toda la comunidad, debe tomar en cuenta sus idiosincrasias, su modo de pensar, sus necesidades. Se logra un concepto amplio de estas cosas cuando varias personas perceptivas combinan sus conocimientos de la cultura y el modo de ser de su pueblo.
- c.) Cualquiera liturgia que usamos para adorar a Dios debe reflejar lo más esencial de las Escrituras, ---es decir, lo que Dios ha hecho para nuestra salvación en Jesucristo---, no sencillamente lo que a mí me gusta, o lo que para ti es placentero. Como luteranos que somos sería interesante comparar nuestras liturgias con las enseñanzas del *Catecismo Menor* de Martín Lutero, ya que éste contiene toda la enseñanza absolutamente necesaria para la salvación. Ya sabemos que la liturgia histórica y el Catecismo Menor obviamente concuerdan en parte, por ejemplo, aquélla usa el Credo y el Padrenuestro, y celebra la Santa Cena.

Por lo tanto, la liturgia histórica (véase el “Oficio Mayor” en *Culto Cristiano*), ha ocupado un puesto especial y preferencial en la Iglesia, porque es el resultado de mucho estudio de las Escrituras, mucha reflexión acerca de la condición humana en que todos nos hallamos y mucha oración. Además, ha sido confeccionada y modificada con sumo cuidado de parte de muchas personas a través de muchos siglos. Ha sido estudiada, recitada, y cantada por innumerables cristianos. No es exactamente la misma en todas partes, (por ejemplo, en el Occidente su forma difiere bastante de la liturgia en el Oriente), ni tiene que ser idéntica, con tal de que se conforma a lo esencial, que es el mensaje de salvación en Cristo.

Pero no es producto de una sola iglesia, ni refleja las necesidades de una sola época en la vida de la Iglesia Universal. Quienes fueron los autores originales, y precisamente como evolucionó a través de los siglos ya no se sabe con toda certeza. No obstante, multitudes de cristianos la han hallado muy demasiado adecuada como una forma para adorar a Dios que les sirve de domingo en domingo, a pesar de todos los cambios de circunstancias locales o regionales que ha habido, y de las diferencias de cultura y cosmovisión que surgen de generación en generación.

- d.) No es que estamos proponiendo que la liturgia nunca debe cambiar, ni que nuevas liturgias no se deben confeccionar. Ya que el Nuevo Testamento no estipula una estructura para la adoración de Dios, el Oficio Mayor no es asunto de ley eclesiástica. La liturgia, como se ha dicho, ha sufrido cambios a través de las edades. Pero ha sido traducida a muchos idiomas o adaptada a ellos. Pero no se lo ha hecho al azar, para decirlo así, sino deliberadamente y tomando bajo consideración lo esencial de la enseñanza cristiana. Porque esa enseñanza es lo que la liturgia, en su forma y su contenido, debe comunicar a los que adoran a Dios por ese medio.

Si alguno, o una iglesia, desean modificar la liturgia histórica o confeccionar una nueva, me atrevo a sugerir que eso se haga a la luz de, por lo menos, las siguientes consideraciones básicas.

- a.) Las modificaciones, o la nueva liturgia, deben caber dentro de la pauta de ἐν πνεύματι o sea «de acuerdo con el Espíritu». Esto implica que las personas se sientan movidas por el Espíritu de Dios para hacer dichas modificaciones, no sencillamente porque creen que es conveniente, o porque esperan hacer más aceptable la liturgia para los que vendrán a visitar su congregación, o por cualquier otra consideración del momento. Digamos que haya indicios convencedores de que sería conveniente reemplazar la liturgia histórica con alguna contemporánea, no obstante, es importante cerciorar también si es el momento oportuno que Dios ha señalado para dicho cambio. Aquí la admonición del apóstol en Gálatas 5:16 y 25 viene al caso, “Digo, pues: Andad en el Espíritu, y así jamás satisfaceréis los malos deseos de la carne. ... Ahora que vivimos en el Espíritu, andemos en el Espíritu.”
- b.) Las modificaciones, o la nueva liturgia, deben caber dentro de la pauta de la enseñanza bíblica cristológica (καὶ ἀληθεία). Jesucristo está al centro de la vida en Dios, y Él nunca cambia. [Véase Hebreos 13:8, “¡Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos!] Por lo tanto, si vamos a adorar a Dios «en verdad», el objeto de nuestro enfoque litúrgico ha de ser su Hijo, el cual es «la Verdad». Si el enfoque es el hombre y sus sentimientos y obras, será adoración basada en la Ley, y no en el Evangelio. [Véase Lucas 18:10-14, “Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; y el otro, publicano. El fariseo, de pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias que no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. Pero el publicano, de pie a cierta distancia, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, que soy pecador. Os digo que éste descendió a casa justificado en lugar del primero. Porque cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”]
- c.) Las modificaciones, o la nueva liturgia, deben de expresar la fe que tenemos en común, es decir, la de la Iglesia Cristiana, el Cuerpo de Cristo. No deben reñir con lo que se enseña en las Escrituras, ni con lo que confesamos en nuestro *Libro de Concordia*. Esto implica la necesidad no tan solo de averiguar a fondo lo que la Iglesia ha aceptado y rechazado a través de los siglos, sino también cuales términos y expresiones serán adecuados para expresar la verdad que está en Cristo Jesús, y cuales sean solamente expresiones de moda en el mundo religioso de hoy.
- d.) Las modificaciones, o la nueva liturgia, deben de sujetarse al consejo y la aprobación de los hermanos en la fe. Aquí las palabras de Proverbios 15:22, hallan aplicación: Donde no hay consulta los planes se frustran, pero con multitud de consejeros, se realizan.
- e.) Las modificaciones, o la nueva liturgia, no deben pasar por alto la enseñanza bíblica del sacerdocio de todos los creyentes. Es decir, deben proveer por el involucramiento de todos los adoradores, y no ser sencillamente un ejercicio piadoso del ministro y el coro. En lo que a este punto se refiere, creo que varias liturgias contemporáneas son deficientes.

Finalmente, deseo recordarles que la liturgia es un vínculo fuerte e importante con la Iglesia de

todos los siglos pasados. Además, cuando la liturgia se conforma a los principios bíblicos de la adoración es también un vínculo con la Iglesia triunfante en el cielo, como cantamos en el Prefacio del Oficio Mayor: “Así, pues, con ángeles y arcángeles, y con toda la corte celestial, alabamos y magnificamos tu glorioso nombre, ensalzándote siempre...”.

Por lo tanto, no creo que se debe abandonar la liturgia histórica ligeramente como lo han hecho varias iglesias evangélicas, inclusive varias congregaciones luteranas. Porque si nuestra liturgia gira alrededor del Evangelio de Jesucristo, entonces es en verdad, un anticipo del mundo venidero.



Rev. Gerardo F. Kempff
Presentación para el *Encuentro Hispano 1998*
St. Luis, Missouri, el 15 de agosto de 1998
Revisado y adaptado por Marcos Kempff
Panamá, octubre del 2005
Segunda revisión, octubre del 2006
Tercera revisión, julio del 2017
Cuarta revisión, junio del 2020
Revisado y editado para Scholar, enero del 2025